

ALFAGUARA


© 2009, Francisco Montaña

© De esta edición:

2010, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

Calle 80 No. 9-69

Teléfono (571) 639 60 00

Telefax (571) 236 93 82

Bogotá – Colombia

www.santillana.com.co

- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
- Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.
Avda. Universidad, 767. Col. Del Valle,
México D.F. C.P. 03100
- Santillana Ediciones Generales, S.L.
Torrelaguna, 60.28043, Madrid

ISBN: 978-958-704-768-4

Impreso en Colombia

Primera edición, febrero de 2010

Diseño de la colección:

Manuel Estrada

Ilustraciones:

María Paula Bolaños

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El amor por las tinieblas

Francisco Montaña Ibáñez

Ilustraciones de María Paula Bolaños



ALFAGUARA


(c) 2009, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

*¿Cuáles son los ruidos del despertar matutino
que se mueven en nuestros sueños?*
WALTER BENJAMIN



El amor por la tinieblas

Tengo catorce años.

Hace seis aprendí a leer.

Soy uno de los pocos niños que lo hace. Es extraño que un niño como yo haya aprendido a leer y escribir, porque no soy noble.

Mi papá tiene una recua de mulas con la que transportamos carga entre Popayán, La Plata y Quito, o donde sea necesario. De él dicen que es indio. Nunca me ha hablado de eso. Pero ahora más que nunca creo que es necesario que me lo aclare.

Para empezar, quiero decir que estoy preso por patriota.

Mi país está en guerra. Me han preguntado muchas veces si sé por qué luchamos los patriotas. Luchamos por la libertad. Eso lo tengo claro.

A mí me trajeron aquí a esta prisión hace ya varios meses. Espero que decidan qué hacer conmigo. Sé que a algunos les permiten servir al rey de España. Eso sería

traicionar a la patria y salvar la vida. No sé qué haría yo si me lo proponen.

Por ahora creo que las cosas van bien. Me han permitido escribir. Quieren que haga un relato de lo que conocí. Ya habían intentado preguntarme, pero hablo muy poco y cuando lo hago me enredo. En cambio las palabras escritas salen muy fácil. Por eso me han dado papel y pluma. Tengo que escribir. Y lo primero que se le ocurre recordar a mi memoria es la forma en que aprendí a escribir; siendo yo quien soy.

Desde el miedo templado como la panza de una bestia hasta el agua que me calma

A Don Francisco José lo conocí en un mercado. Yo acompañaba a mi papá. Lo ayudaba cuidando las mulas. Y en uno de esos mercados nos encontramos con él.

Ya casi todos los negocios se habían terminado y mi papá me había dejado cuidando a los animales mientras él hacía algo más. Yo me entretenía mirando cómo la mula hacía temblar el pellejo de su panza para espantar las moscas que se le paraban sobre su piel. Me parecía bonito que temblara exactamente en el sitio donde la mosca estaba parada, como si la mula tuviera ojos en cada centímetro de su cuerpo. Yo no podía hacer eso. Me imaginaba una mosca caminando sobre mi barriga y por más que lo intentaba no conseguía espantarla con el temblor de mi piel.

Y en esas estaba, imaginando moscas que caminaban sobre mi cuerpo, cuando un señor, más bien joven, bajito, con cara de serio se acercó a preguntar por mi papá.

Yo le respondí lo que sabía, es decir, que se había ido. El hombre se quedó mirándome un buen rato y yo esperando que me dijera por fin lo que quisiera y me quitara esa mirada de encima.

A mí siempre me ha costado mirar a la gente a los ojos. Me parece que les molesta mi mirada sobre ellos. Y entonces yo también me siento mal. Pero como él no dejaba de hacerlo, yo me atreví a mirarlo. Levanté mis ojos y los quise poner en los suyos, como preguntándole qué más quería. Al contrario de lo que me pasaba casi siempre, fui yo el que no resistió un solo instante la intensidad de su mirada. Mis ojos solitos, sin que yo les diera ninguna orden, corrieron a refugiarse en las manos del hombre.

Y en sus manos descubrí algo que no había visto nunca. Un círculo blanco y brillante, como del tamaño de un plato de vajilla. Tenía unas vetas amarillas muy delgadas. Seguramente no era madera. Seguramente no era un plato.

Muchas veces me ocurre que me dejo llevar por la curiosidad. Es algo superior a mí mismo o al miedo que me hacen sentir los demás con sus amenazas. Mi papá, por ejemplo, me ha dicho que si pregunto todo lo que se me ocurre, no sólo voy a ganarme unos buenos golpes, sino que además mi lengua se va a convertir en un pescado que nunca va a dejar de moverse en mi boca.

Nadie puede hablar con un pescado moviéndose en la boca.



Me da miedo no poder volver a hablar y entonces dejo de preguntar sobre todo lo que se me ocurre. Pero después de un tiempo se me olvida la amenaza del pescado en la boca y empiezo a tratar de averiguar por las cosas que hay en el mundo. No puedo evitarlo.

Y esa vez tampoco pude. El círculo blanco había atrapado mi mirada y necesitaba saber para qué podría servir semejante cosa.

Seguro mis ojos se abrieron mucho, mis manos se cerraron y dejaron de acariciarle la panza a la mula o, tal vez, era que ese hombre se daba cuenta de las cosas más rápido que los demás, pero lo cierto es que no tuve que preguntar nada, fue él el que lo hizo.

–Bonito, ¿verdad?

Seguro lo que quería era picarme la lengua. Yo sabía que tenía que controlarme y no ponerme a preguntar como loco todo lo que se me ocurriera, y menos a un desconocido. Entonces moví la cabeza un poquito, como diciéndole que sí, pero no del todo.

–¿Quieres tocarlo? –me preguntó con una voz firme de una dulzura que nunca antes en mi vida había conocido. Volví a mover la cabeza. En ese momento lo que más quería era tocar esa cosa extraña.

Recibí el círculo blanco en mi mano. Era liviano. No me pregunten por qué, pero yo esperaba que algo tan blanco fuera muy pesado, y entonces cuando lo tuve en la mano lo moví en el aire tratando de confirmar que en efecto era muy liviano.

Después se me ocurrió llevármelo a la nariz. Lo hice porque quién sabe de dónde me llegó un olor

a tierra podrida, a lo mismo que huelen las alforjas cuando se quedan mojadas, y pensé que ese material era el que despedía ese olor. Pero no. En verdad no recuerdo bien si me olió a algo, pero ahora creo que olía un poco a animal. No sabría cómo decirlo mejor, lo que pasa es yo podía distinguir por los olores si las cosas habían sido piedras, animales o matas, sólo con el olor. Después supe que aquello que distinguía eran los reinos. Y, aunque ese círculo blanco parecía hecho de madera, o de una piedra muy fina y desconocida en estas tierras, me olía a animal.

En seguida lo levanté hacia la luz. Tal vez lo hice para espantar una mosca que me tenía aburrido dando vueltas encima de mi ceja; pero lo cierto es que cuando lo hice me di cuenta de que el círculo era casi transparente y que a través de él se filtraba una suave luz. Me imaginé cómo se sentiría estar bajo un toldo hecho con ese material. Me sentí fresco y tranquilo con lo que pasó por mi mente.

El hombre, que no se había perdido un solo detalle de lo que yo estaba haciendo, notó la sonrisa que se me había escapado de los labios y sonriendo él mismo me dijo:

–¿Te gusta? –pero seguramente, como yo me demoré en responder, él ya se había puesto a pensar en otra cosa; así que recogió el círculo de mi mano y preguntó–: ¿Dentro de cuánto viene tu papá?

–No sé –respondí.

–Necesito hablar con él –dijo. Yo no respondí nada. ¿Qué podía decir? Además ustedes ya saben

que soy malo con las palabras—. Y también necesito un ayudante para mi viaje —continúo sin que yo entendiera si me hablaba a mí o si simplemente dejaba que sus pensamientos salieran en palabras. Eso le pasa algunas veces a la gente. Habla sin que necesariamente uno pueda decir que le habla a alguien—. Uno que quiera aprender algunas cosas de astronomía y que pueda leerme los libros que mi mala cabeza no me deja leer. ¿Dirías que estoy enfermo? —preguntó de repente.

—No —respondí. El extraño me había parecido elegante, rico, amable. De él podía decir que no era español. Eso era una cosa buena para mí. Los españoles nunca eran tan amables con alguien como yo. Pero no podría decir de él si estaba o no enfermo, ¿cómo iba yo a saberlo?

—Pues según el doctor y mi familia estoy enfermo. Enfermo de leer, ¿puedes creerlo? Pero no puedo dejar de leer. Necesito los libros —se quejó. Yo asentí aunque no estaba entendiendo nada de lo que decía. ¿Cómo podía uno enfermarse de leer? Yo había oído decir que uno podía volverse loco, pero enfermarse...—. Por eso necesito un asistente personal —terminó y clavó su mirada intensa sobre mi frente, como al principio, como si esperara una respuesta de mi parte.

Eso me ha pasado varias veces. La gente dice cosas y espera que uno responda algo. Yo no siempre entiendo lo que esperan que responda, y en estos casos me siento incómodo y un poco atemorizado. Me entra

el miedo. Lo único que yo quería era saber para qué servía y qué era exactamente ese círculo blanco tan liviano y tan bonito. Nada más. Estaba pensando en las advertencias de mi papá y ya había empezado a imaginarme un pescado revolviéndose entre mis dientes, pero recordé que hasta el momento yo no había preguntado nada. Mejor dicho, me di cuenta de que me había metido en un lío sin haber hecho nada. Y como no entendía qué esperaba el señor de mí, pues entonces, venciendo el temor que me producía la idea de las colas de pescado revoloteando en mi boca, me lancé a preguntar.

—¿Y para qué sirve? —dije señalando el círculo que se movía entre los dedos de su mano.

—Ah —exclamó el hombre sonriendo—. Es para fabricar el instrumento que mi ayudante tiene que aprender a manejar.

Por primera vez lo miré a los ojos. Los tenía grandes, color melado y de ellos parecía que saltaban chispas cuando miraba.

—¿Instrumento? —pregunté.

No había oído esa palabra antes. Pero era normal que yo no hubiera oído esa ni muchas otras palabras, ¿cómo, si me la pasaba hablando con las mulas y con miedo a preguntar?, ¿de qué otra manera podría ser?

—Sí. Para saber exactamente el lugar en el que estamos dentro del universo —respondió el extraño—. Sabemos muy poco de nuestra propia tierra. Pareciera que nos basta apenas con recoger lo que nos da por las

buenas. Pero si supiéramos más, seguro que podríamos mejorar muchas cosas.

No entendía mucho, pero ya que el hombre me hablaba con tanta tranquilidad, decidí seguir preguntando.

—¿Los caminos, por ejemplo? —dije pensando en los terribles pasos que cada semana teníamos que atravesar mi papá y yo, y donde por lo menos cada mes había derrumbes, muertes y cargas perdidas.

—¡Encontré a mi ayudante! —exclamó dando un salto que nos asustó a la mula y a mí.

Miré hacia todos lados buscando ver la persona a la que se refería. Pero no vi a nadie en particular. El mercado seguía moviéndose como era normal. Compradores, ya muy pocos, y los vendedores esperando hacer la última venta. A todos los conocía. Estaba seguro de que ninguno de ellos entendía tampoco que quería decir la palabra ‘instrumento’.

Miré con curiosidad a ese hombre que no dejaba de sonreír, emocionado como si viera por primera vez el sol.

—¿Sabes leer? —me preguntó.

—No —respondí sin vergüenza. Lo normal era que no supiera leer. ¿De qué me iba a avergonzar?

—¡Qué vergüenza! —exclamó precisamente el señor—. Un niño como tú tiene que aprender a leer —dijo dándome una palmadita que pretendía ser cariñosa en el hombro.

Nunca he entendido bien por qué, pero cuando alguien me toca por sorpresa siempre me asusto.

Es así. Todas las veces es igual. Mi papá por suerte ya lo aprendió y dejó de hacerlo. El problema es que cuando me asusto dejo de pensar bien. Y esa palmadita que pretendía ser cariñosa, mas el círculo de material extraño, mas eso que me parecía que el hombre esperaba de mí todo se sumó para llenarme de temor.

—¡Te voy a enseñar a leer! —dictaminó el hombre volviendo a golpear mi hombro.

Si el primer golpe me había asustado, con el segundo perdí la cabeza. Di un salto hacia atrás y choqué contra la mula. El animal, que no esperaba la embestida, se encabritó y empezó a dar coces. Pateaba hacia todas partes. Rompió vasijas, pateó alforjas y alfombras, tumbó unas sillas. Se enloqueció tanto que las demás bestias también levantaron las orejas, abrieron los ollares de la nariz y se levantaron en las patas de atrás. Para completar, cuando me paré, el sol, que se había descubierto de nubes, en ese preciso momento me dio de lleno en los ojos dejándome ciego por completo. Así es que, llevado por el más profundo terror, salí huyendo como si me hubieran mostrado al mismísimo demonio.

Corrí a través de los puestos del mercado, corrí por las calles empedradas, corrí por las calles destapadas, corrí sin descanso hasta salir de la ciudad, corrí, corrí y corrí. Sólo me detuve cuando estuve a la orilla de una quebrada que bajaba hacia el río Cauca. Me quedé quieto. Mirar el agua en movimiento golpeando contra las piedras del fondo me calmó. Después de no sé cuánto tiempo de oír el ruido del agua y de

sentir la frescura que se levantaba hasta mis narices, mi mente se calmó. Pensé que ese hombre tan amable podría estar molesto por mi estúpida reacción. En realidad no está bien salir corriendo sin decir una sola palabra, eso lo sabía yo y lo sabe cualquiera; así es que volví a nuestro sitio en el mercado.

Todo está en los ojos

El extraño ya no estaba allí. En su lugar encontré a mi papá, que me gritó por haber dejado solos a los animales.

–¿Acaso no lo dejé aquí para que los cuidara?
–me dijo.

Traté de explicarle que el señor me había tocado no una vez sino dos, y que por más esfuerzos que hice me había asustado mucho y había tenido que salir corriendo, pero no me quiso oír. En cambio me informó:

–El señor que me buscaba es el sabio Caldas.

–¿El sabio? –pregunté tratando de entender. En alguna parte había oído hablar del sabio Caldas. No sabía nada de él.

–El mismo. Quiere llevárselo.

–¿A mí? –“quiere llevárselo” resonó en mis oídos como si tuviera la cabeza dentro de una campana. ¿A dónde me quería llevar?, ¿por qué a mí?, ¿por qué no me dejaba seguir intentando hacer temblar el pellejo

de la panza para espantar moscas? De pronto si trataba un buen tiempo lo conseguía hacer igual que la mula.

–Sí, le va a enseñar a leer y escribir. Y ojalá ahí sí reciba los palos que yo no le he querido dar –me gruñó–. Que el doctor Caldas lo espera en la casa del artesano Estévez –me dijo.

Yo me quedé mirándolo, como queriendo saber algo más que no me atrevía a preguntar.

–Sí. Vamos a viajar con él. Pero además de las mulas, está empeñado en que usted sea el ayudante. Bendito sea –dijo, y se volvió para cepillar a una de las mulas.

Yo lo miré un momento más. No sabía qué decir. Hubiera querido que mi papá me explicara mejor a qué me enviaba, si lo iba a volver a ver, si se trataba de un castigo por haber perdido la cabeza del miedo y haber dejado solos a los animales, o si él me dejaba llevar en contra de su voluntad, pero su silencio era claro. Seguramente él tampoco quería decir nada más, tal vez no sabía nada más. Debía ir a encontrar al señor Caldas en la casa del artesano Estévez, eso era todo. Pero además de lo anterior yo empezaba a preguntarme: ¿cómo me iba a enseñar a leer y escribir?, ¿para qué?, ¿me golpearía?

Una vez había conocido a un indio que sólo tenía un ojo. El otro lo tenía, es verdad que ahí estaba, pero no le servía para nada de lo blanco que le había quedado. Me lo encontré en los Pastos, en un mercado. Y como mi curiosidad es grande, ya lo saben, pues le pregunté por qué tenía un ojo blanco.

–Por escribir –me respondió. Yo lo miré azarado. No entendía lo que me quería decir–. Me llevaron a una hacienda en la selva a vivir cuando era pequeño –me explicó–, allá había muchos curas. Unos buenos y otros no tanto. A todos los indios nos enseñaban música, y a leer y escribir. A mí la música no me gustaba. Sólo quería aprender a meterme en los libros como veía que hacían los mayores. Pero me obligaron a la música. Yo no quería y un día me golpearon para que obedeciera. Se habían acabado las razones conmigo y después de las razones venía la fuerza, me explicaron mientras un cura me golpeaba con una fusta con mechas en la punta. Una de las mechas me golpeó en el ojo. Trataron de curármelo, pero no se pudo. Cuando estuve mejor de la paliza, el cura que me había golpeado me pidió perdón y me dijo que lo mejor que podía hacer era irme de la hacienda, que con un solo ojo no iba a servir nunca para nada.

“Cuando volví a mi casa ya no había nadie. Sólo quedaban las ruinas de las casas. Me dijeron que era la revuelta, los chisperos y otras cosas. Desde entonces estoy buscando a mi familia. Quién sabe si es por tener un solo ojo que no los encuentro, pero ya llevo mucho tiempo andando caminos y creo que no los voy a volver a ver”.

Pensando en el indio tuerto que andaba caminos buscando a su familia, caminé hasta la casa del artesano.

No era una casa tan grande. Tenía una sola puerta, no varias como las casas más grandes. Golpeé

esperando que fuera algún criado el que me abriera. Pero para mi sorpresa fue el mismísimo Caldas el que salió a abrir.

–Bienvenido –me saludó muy alegre–. ¡Vas a ser el primero en ver un instrumento de medición astronómica fabricado en suelo granadino –dijo, y me hizo entrar directamente al taller del artesano.

El señor Estévez era un hombre mayor que Caldas, sudaba mucho aunque no estaba haciendo calor. Era gordo y su respiración sonaba como el gruñido de un puma. Lo miré con cuidado y descubrí aterrado que uno de sus ojos estaba tapado con un cilindro metálico. Saludé y el hombre hizo un ruido a modo de respuesta. Sus manos estaban ocupadas haciendo encajar una serie de tornillos en un círculo de madera que estaba unido al que había provocado los anteriores acontecimientos, el blanco, de ese material tan misterioso.

Parecía que el asunto era muy delicado porque el artesano no se atrevía a enterrar la punta del tornillo en la fina madera. Caldas lo miraba atento. Me dejó en la mitad de la estancia y se acercó al que trabajaba para indicarle que corrigiera la posición del primer tornillo. Satisfecho se volvió hacia mí y me preguntó:

–¿Listo para aprender a leer y escribir?

Me quedé callado pensando en mis ojos queridos que tanto y tan bien me habían servido hasta el momento y después de pensarlo respondí:

–Estimado señor. Yo sé que no soy quién para contradecir sus deseos. Pero la verdad es que si usted

quiere tomarme a su servicio, preferiría que fuera sin la obligación de leer y escribir.

–¿Por qué lo dices? –preguntó el hombre dejando atrás los bufidos del señor Estévez, que se esforzaba por cumplir con su tarea.

–Tengo miedo de lo que pueda pasar con mi visión –respondí con la verdad.

–¡¿Con tu visión?! –exclamó y rió con ganas–. Con tu visión lo único que puede pasar es que se ensanche, se ilumine y descubras un mundo nuevo y distinto.

–No quiero un mundo nuevo y distinto –dije–. Éste que veo está bien –pensaba en el aparato que tenía el señor Estévez en lugar de ojo.

Yo no quería que me pasara algo así.

Quería mantener mis ojos en mi lugar.

–Claro que está bien. Es el mejor. Otro no se podría pedir –exclamó emocionado–. Pero cuando leas, lo vas a ver mejor. Donde los demás vean una roca, tú verás un mineral, donde los demás vean una puesta de sol, tú verás una medida para determinar el curso de un camino, donde los demás vean una simple hierba o un matorral espinoso, tú verás la cura de una enfermedad. Ese es el nuevo mundo que vas a descubrir.

–¿Si aprendo a leer? –pregunté tratando de entender lo que me pasaría.

–No. Si aprendes a entender el mundo que nos rodea con la luz del conocimiento que hay en los libros –concluyó con un entusiasmo que no desfallecía.

—No sé —dije sin saber cómo exponer mi temor real.

Me daba vergüenza. Por lo general, cuando contaba las cosas que pasaban por mi cabeza la gente se reía de ellas. Y la verdad es que sus palabras, en lugar de tranquilizarme me habían puesto todavía más nervioso; si empezaba a ver las cosas de otro modo era porque mis ojos habían cambiado. Y yo no quería que me pasara eso. Yo quería que mis ojos siguieran viendo lo que habían visto hasta ahora y otras cosas, no quería que mis ojos se pusieran blancos por un golpe o que los reemplazara un cilindro de metal.

—¿Y mis ojos? —pregunté decidido a tomar el toro por los cachos.

—¿Tus ojos? —preguntó a su vez Caldas, dando palmadas y brincos por toda la habitación como si hubiera oído algo tremendamente divertido.

Yo me quedé quieto mirándolo extrañado.

Después de brincar un buen rato, el hombre se detuvo frente a un armario enorme.

—Ven —me dijo—. Ya salimos —le indicó al artesano que no paraba de resoplar.

Abrió la puerta del armario y sonriendo me tendió la mano indicándome que me acercara. Obedecí temiendo lo peor. Pero me bastó un rápido repaso de los pocos momentos que había estado con este hombre extraño para suponer que no había ningún motivo que me hiciera merecedor de una paliza. Ese examen rápido de conciencia me dio confianza y terminé por entrar al armario en lugar de huir despavorido.